

El Norte de Castilla

DIARIO INDEPENDIENTE DE VALLADOLID

FUNDADO EN 1854

EL QUE MÁS CIRCULA EN LA REGIÓN CASTELLANA

GRAN SOLEMNIDAD

NACIONAL

En Madrid, al igual que en todas las provincias de la nación española, se ha solemnizado la fecha histórica de la Victoria con grandes desfiles y festejos, a los que ha concurrido imponente muchedumbre, que ha rendido homenaje a España, al Caudillo y al Ejército.

El Caudillo pronunció un transcendental discurso como colofón a la fecha histórica del desfile de la Victoria

Ciento veinte mil soldados

gesta heroica nacional

los siglos, pasaron an

en imponente forma

signes generales que

y en representación de

tes.--Madrid, y con él Es

lieve su fervor patriótico,

los destinos de la Patria,

con los vítores más

ral Varela impone al

signias de la Gran

de España, victoriosos en la

más grandiosa que vieran

te S. E. el Jefe del Estado

ción, precedidos de los in-

les llevaron a la gloria,

un millón de combatien-

paña entera, puso de re-

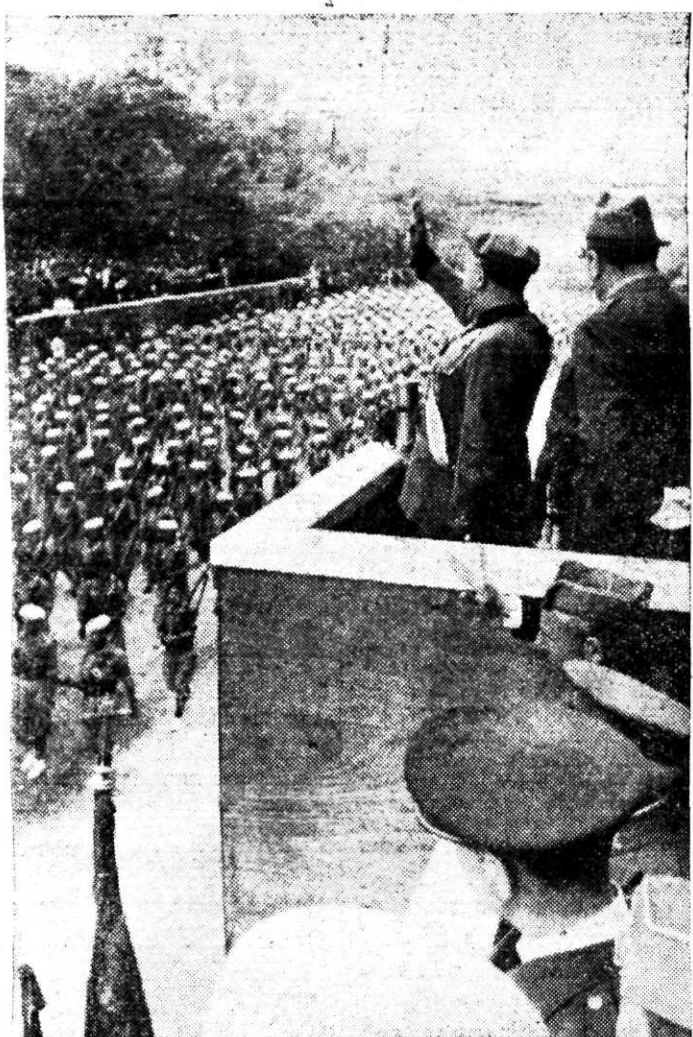
su entusiasmo y su fe en

aclamando a los héroes

entusiastas.-El gene-

Generalísimo las in-

Cruz Laureada - - - -



MADRID.—El Caudillo saluda brazo en alto al paso de la Infantería mora
(Foto Luis Pérez de Rozas.)

La solemnidad de la victoria ha tenido su culminación en el desfile de Madrid y en todos los actos celebrados en ciudades, villas y pueblos españoles. Millares de hogueras simbólicas han lanzado sus llamas al cielo de la noche en ofrenda al Ejército vencedor, a los vivos y a los muertos. Repasando las páginas de nuestra Historia, no encontramos un momento ni tan emocionante, ni tan solemne. Y es que a los grandes triunfos de España, con todo el boato que les prestaban los Reyes, se han unido ahora los medios modernos de difusión y de técnica. Motores en el aire y en el suelo, músicas transmitidas por las ondas, arengas, consignas y comentarios lanzados por la radio a los rincones del mundo...; todos los medios, en suma, de que dispone la vida moderna puestos al servicio de una conmemoración única, que en el último escalón de la decadencia española marca la hora del resurgimiento. Sobre los miles de personas que han presenciado el desfile tenemos que decir que ni un solo español, recogido en la intimidad de una estancia, ha dejado, en todo o en parte, de participar de la emoción de la gran fiesta. Han llegado a él los vítores, los aplausos, las músicas, la descripción de las fuerzas que desfilaron, el recuerdo de los caídos... y el entusiasmo en forma difusa, pero no menos sentido y ardiente, ha penetrado hasta en los rincones más recónditos del país. Los soldados de España han desfilado para el mundo, y junto al laurel han presentado el arma.

Nunca como el día de ayer el sentido de la victoria ha tenido un aliciente más universal. Si en España no hubiese habido más que una guerra civil, el glorioso desfile no hubiera sido posible. No desfilaron ayer unos españoles vencedores sobre otros españoles, sino toda España, la única España posible, vencedora sobre la más tenebrosa intriga internacional y salvadora heroica de una civilización. Los Ejércitos de Franco, para llegar a rendir su homenaje a las plantas del Caudillo, han tenido que pasar por tierras españolas desoladas, por casas destruidas, por ciudades de España, aun temblorosas por la tragedia; mas estos estragos no eran sino la prueba evidente de lo que Franco ha defendido, y la auténtica de que una parte de España estuvo dominada por fuerzas extranjeras, que se conjugaron para su aniquilamiento.

Sobre el panorama esplendoroso de esta alegría triunfal, una leve niebla de recuerdo que ascendía hasta el cielo en busca de los caídos. También los espectros concurrieron al desfile y tuvieron en él el máximo puesto de honor. En las regiones de la inmortalidad, ¿cómo sonarían estas músicas, estos vítores, este choque de laureles y banderas? El brillo de las espadas desnudas eran como rayos a la altura, homenaje de luz a la gloria de los muertos... Por ellos España vive y se dispone, gozosa, al resurgimiento; ellos prepararon con su sangre la gran cosecha de esperanza; ellos vigilan con su fe el futuro de la Patria. Los espíritus no desfilan, pero flotan, y ayer España entera les ofreció una oración de gratitud eterna.

La figura de Franco culminó ayer en su representación más pura y exaltada. España entera se volcó en él como Caudillo de la victoria y como ordenador de la paz. Al frente de sus Ejércitos representaba la figura excelsa del General conductor de soldados y de Caudillo victorioso; mas al frente de los hombres de España representaba la gran garantía de la paz. Porque ahora, tras la solemne confirmación de la victoria, no puede quedarnos sino una sola empresa que cumplir: el trabajo.



MADRID.—El general Queipo de Llano, con otros generales, en la tribuna presidencial
(Foto Luis Pérez de Rozas.)

VERSION OFICIAL DEL DISCURSO PRONUNCIADO POR S. E. EL GENERALISIMO EN MADRID

¡Madriñeos! ¡Españoles!

En este Madrid mártir, liberado ya de la tiranía de la horda, habéis visto hoy el desfile de la Victoria: 120.000 guerreros en formación perfecta, dotados del material más moderno y eficiente, como representantes del millón de hombres que han formado en las filas de nuestro Ejército nacional.

Lo que significa nuestra victoria lo sabéis vosotros mejor que nadie: la existencia de nuestra Patria. Testigos sois de mayor excepción cuantos sufristeis bajo aquella tiranía y visteis cautiva a España sometida a un yugo extranjero y bárbaro, enfanada en la charca criminal del marxismo.

El martirio de Madrid es la acusación más grave que pueda formularse contra los dirigentes rojos, que batidos, derrotados en todas las batallas, vencidos sin remedio, sacrificaron la capital inútilmente, haciendo escudo de la población no combatiente y entregándola maniatada a los métodos perversos del comunismo ruso. Ni un momento cesó la actividad y el afán de nuestras tropas para lograr vuestra liberación, pero había que tomar la capital sin destruirla ni sepultar bajo sus escombros la vida de tantos hermanos de la Santa Cruzada.

Metódicamente fuimos labrando la victoria y nuestros triunfos dieron respuesta adecuada al histérico «No pasarán». Ni un día de descanso, dos años y medio de campaña, templaron en el duro yunque de la guerra el ánimo de nuestra juventud, de la que sacrificamos lo mejor para llegar a éste de gloria y de triunfo, en que al desfilan el Ejército de la Victoria, afirma ante el mundo la independencia y la grandeza de España.

En nuestra campaña son conocidas de todos muchas páginas guerreras heroicas y sublimes. Pero no así otras (también espinosas y duras), que libramos en el orden político, interior y exterior, y en el orden económico para dar potencia a nuestro Ejército y hacer posibles aquellas.

Nuestros enemigos reconocieron muy pronto el triunfo seguro de nuestra Causa al advertir la superioridad de nuestra técnica y de nuestro espíritu y, entonces concibieron en los turbios cenáculos internacionales el propósito de prestar ayuda eficaz al Ejército rojo, con el fin de agotar nuestras fuerzas, descomponer nuestra retaguardia y crear así el clima favorable a un pacto que, traicionando la sangre derramada, hubiera entregado de nuevo España al extranjero.

Pero no contaban nuestros enemigos y sus cómplices con el heroísmo de nuestro pueblo, ni con nuestra capacidad de iniciativa y de abnegación, y tropezaron con el espíritu de este gran pueblo, con su valor y su férrea voluntad de vencer. Esta victoria no hubiera sido posible si el espíritu disociador hubiera invadido nuestro solar y hubiera faltado la unidad sagrada, que a todos animó en la Cruzada.

Terminada victoriosamente la guerra, yo os aseguro que España superará todas las pruebas; después de las sufridas nada puede ya impresionarnos.

Amamos la paz porque sentimos España y somos avaros de la sangre de nuestras juventudes, pero sobre todo está su dignidad y su independencia.

Nuestro deseo es colaborar en las tareas para la pacificación de Europa, mas para ello ha de ser supuesto permanente y norma de todos los pueblos no intentar siquiera rozar nuestra soberanía y nuestra libertad política y económica, por las que, precisamente, hicimos nuestra guerra. No podemos olvidar que nuestros soldados cayeron en el frente de batalla por que así ocurriera.

Sería, pues, además de inútil, un serio obstáculo para nuestro acercamiento a determinadas naciones el que, con propósito de impresionarnos de un modo reflejo en el campo político, quisieran cercarnos en el económico, pensando que otra vez pudieran abrirse camino los grandes intereses de antiguo y hostiles a nuestra independencia y nuestro poderío. Sepan todos que esto será ya siempre un imposible.

Yo quisiera, españoles, que la unidad sagrada que alienta en vuestro común entusiasmo y en el fervor por la obra de nuestros combatientes no decaiga jamás; ha sido la base de nuestra victoria, y en ella se asienta el edificio de la nueva España.

Yo no puedo ocultaros, en este día, los peligros que todavía acechan a nuestra Patria. Terminó el frente de la guerra, pero sigue la lucha en otro campo.

La victoria se malograria si no continuásemos con la tensión y la inquietud de los días heroicos, si dejásemos en libertad de acción a los eternos disidentes, a los rencorosos, a los egoístas, a los defensores de una economía liberal, que facilitaba la explotación de los débiles por los mejores dotados.

No nos hagamos ilusiones. El espíritu judaico que permitía la alianza del gran capital con el marxismo, que sabe tanto de pactos con la revolución antiespañola, no se extirpa en un día, y aletea en el fondo de muchas conciencias. Mucha ha sido la sangre derramada y mucho ha costado a las madres españolas nuestra Santa Cruzada para que permitamos que la victoria pueda malograrse por los agentes extranjeros infiltrados en las empresas o por el torpe murmurar de gentes mezquinas y sin horizontes.

Hacemos una España para todos. Vengan a nuestro campo los que arrepentidos de corazón quieran colaborar a su grandeza. Pero si ayer pecaron, no esperen les demos el espaldarazo, mientras no se hayan redimido con sus obras.

Para esta gran etapa de la reconstrucción de España necesitamos que nadie piense volver a la normalidad anterior. Nuestra normalidad no son los casinos ni los pequeños grupos, ni los afanes parciales. Nuestra normalidad es el trabajo abnegado y duro de cada día, para hacer una Patria nueva y grande de verdad.

Haced examen de conciencia, madriñeos. ¿Es que creéis que sin la frivolidad pasada hubierais sufrido el dominio rojo? ¿Es que hubieran sido batidos nuestros héroes del cuartel de la Montaña? Yo os aseguro que no, que el triunfo de la revolución antiespañola fue posible por la consciente inhibición de tantos españoles.

Acabaron, pues, los días fáciles y frívolos, en que sólo se vivía para el presente. Nosotros viviremos para el mañana. No es una frase hueca y sin contenido la de nuestro Imperio. A él vamos. Pero sólo lo lograremos con renunciaciones, con sacrificio, con austeridad y con disciplina.

Pero para coronar nuestra gran obra, necesitamos que a la victoria militar acompañe la política. No basta ordenar la unidad sagrada, hace falta trabajarla, llevar la doctrina y las nuevas consignas a todos los lugares. Que vosotros seáis los colaboradores en la nueva empresa, de las que son fuerzas de choque. La juventud heroica que en los frentes de batalla y en las cárceles sombrías recogieron de labios de tantos héroes su último ¡Arriba España!

Esta es la misión de nuestro Movimiento.

Hay que dar a la Patria cuanto se tiene, y no se lo da quien guarda reservas mentales, quien se sienta ofendido al ser apartado de un puesto o de un servicio. Nuestros cargos se sirven como la centinela, en constante tensión y sacrificio, y se relevan cuando la natural fatiga lo aconseja.

Esta ha de ser la moral de la Nueva España, el concepto de nuestro Movimiento; con ella haremos que los laureles de la Victoria no se marchiten jamás. ¡Arriba España! ¡Viva España!